

Los recuerdos giran en torno a D'Halmar. No lo juzga en cuanto a escritor, que nadie le podrá desconocer sus extraordinarias virtudes de estilista, con todos los resabios del modernismo de elaborar las frases con parsimonia de orfebre. No obstante, hay páginas suyas inolvidables por su poder creador e intensidad humana. Así, sus cuentos "En providencia" y "A rodar tierras", su novela "Muerte y Pasión del Cura Deusto", el relato "La lámpara en el molino" y los libros de viaje "Nirvana" y "La sombra del humo en el espejo". Capítulo éste sobre D'Halmar aún inédito en espera de que alguien lo enjuicie prescindiendo de su persona, depurada del nimbo de genialidad con que sus admiradores no vieron sin discriminar entre el hombre y el artista, dejándose impresionar por la sugestión de su palabra hablada.

En las letras nacionales, "Memorias de un tolstoyano" es un libro singular, sólo comparable por su sinceridad y realismo con "Arenas del Mapocho", de Ricardo Puelma.—*Milton Rossel*.



<https://doi.org/10.29393/At361-362-78NIEC10078>

"NUESTRA INFERIORIDAD ECONÓMICA", por *Francisco A. Encina*

La Editorial Universitaria ha hecho una segunda edición del libro "Nuestra Inferioridad Económica", que don Francisco A. Encina publicó en 1911. El libro, a despecho de las radicales transformaciones que ha experimentado Chile desde entonces, no ha perdido la actualidad, sobre todo en su aspecto moral, donde semeja ser un verdadero impacto destinado a sacudirnos de la abulia y a tocarnos el amor propio para encarar con mayor entereza la solución de los diversos problemas vitales que aún nos circundan.

Don Francisco A. Encina, hombre de temperamento práctico, en muchas páginas de esta obra pone en primer término la trascendencia que tiene para un país y sus habitantes el ejercicio de las actividades fabriles, agrícolas y comerciales. En una parte dice textualmente:

“El prejuicio de que la actividad económica no requiere talento, es hijo de un concepto groseramente erróneo del talento. Si por talento se entiende el poder del discurso o de la dialéctica, poca falta hace en la actividad económica. Ni con juegos de palabras ni con razonamientos hermosos se produce trigo o se fabrica acero, como no se hace la guerra, no se gobierna a un pueblo ni se desarrolla la ciencia”. En seguida, a mayor abundamiento, critica: “Cuanto la juventud encierra de más vigoroso, intelectual y moralmente hablando, se aleja de la vida económica para esterilizarse en profesiones que, a pesar del prestigio social que las ennoblece, salvo el profesorado, son factores subalternos de la vida de los pueblos”.

Estos juicios fueron formulados por primera vez hace 44 años. ¿Tienen vigencia todavía? Sí, pero sólo en forma relativa, vale decir, con algunos reparos. En efecto, es incongruente que, mientras no tengamos la casa levantada y en orden, nos dediquemos a conversar, a cultivar el arte y a darnos otros lujos similares. Sin embargo, conviene ver el reverso de esta incongruencia, donde hay un aspecto positivo. Veamos. Las actividades económicas son muy nobles en cuanto permiten vivir con un alto standard de vida material. Pero ocurre que, como lo dicen las escrituras, “no sólo de pan vive el hombre”. Y a los chilenos, justamente, en última instancia, el pan y todo lo que él significa, nada nos importa o nos importa muy poco. Y de esto, de nuestro quijotismo, damos pruebas cotidianas. *Lo que primordialmente nos importa a los chilenos son ciertas formas de vida espiritual no sujetas a intereses concretos e inmediatos.* He ahí el *quid* de nuestra psicología colectiva. Que esas formas de vida no sean muy racionales, muy utilitarias, muy pragmáticas, eso es otro cuento. Total, y ya se sabe, el hombre no es pura razón: es algo menos y es algo más que eso.

Nosotros suponemos, con las debidas reservas del caso, que el chileno, y el sudamericano en general, gracias a que ha recibido sin esfuerzo la cultura hecha de Europa, una cultura casi envasada, se acomodó rápidamente a ella, al extremo de que hoy no se interesa ya por sus servicios elementales, como son el confort material, sino

por los valores espirituales que alumbran desde su cúspide, relacionados con el arte, la metafísica, la fiesta, la religión, y, sobre todo, el fascinante *dolce far niente*. De ahí nuestra díscola aversión por todas las prosaicas actividades comerciales, de ahí que ningún ministro de hacienda pueda lucirse en Chile, de ahí que nuestra juventud sepa más de Existencialismo que de riego mecánico; de ahí, en suma, que, a cambio de nuestro crecido déficit de divisas, tengamos una Mistral, un Neruda, un Asenjo, un Arrau y aun otros valores de parecida jerarquía.

Esta es la realidad idiosincrásica del pueblo chileno, querámoslo o no. Y el deber de los intelectuales que se interesan por su destino es ofrecer soluciones que no vayan muy a contrapelo de ella. Ahora, al cabo de 44 años, y gracias a la Editorial Universitaria, vuelve a oírse la voz patriótica de don Francisco A. Encina induciéndonos a que nos consagremos a un tipo de actividades que, racialmente, no van con nosotros. Y esta recomendación, cuya impracticabilidad sólo es comparable a la buena fe con que ha sido dada, por reacción nos hace recordar, en nuestro carácter de chilenos natos, una sentencia de José Ortega y Gasset que, con todo lo injusta y hasta insolente que sea, traduce fielmente nuestro punto de vista en estas materias: "El comerciante es un tipo de hombre inferior".—*Edmundo Concha*.



"REGAZO AMARGO", de *Luis Merino Reyes*. Zig-Zag, 1955

Merino Reyes no me parece un hombre fácilmente clasificable. No creo que sea un ser sencillo —en la acepción de opuesto a lo complejo— y, correspondiendo a todo esto, no es tampoco un escritor común. Son mis impresiones, obtenidas de una forma un poco fugaz, a retazos, pues mi conocimiento de él sólo proviene de una amistad cultivada en torno a los asuntos literarios. Desde luego, posee una cualidad, que no habrá pasado inadvertida para los lectores de sus